

ROSALÍA DE CASTRO

Monumento a Rosalía en el paseo de Padrón, sufragado por gallegos emigrados a las Américas: «Este vaíse y aquel vaíse, — e todos, todos se van; — Galicia sin homes quedas — que te poidan traballar». Sobre la piedra de su monumento padronés, Rosalía de Castro tiene un extraordinario poema social.

Por **JOSE MONLEON**

ANDABAMOS buscando y mirando los lugares gallegos de Valle, tan decisivos para comprender la gestación sociohistórica y estética de nuestro gran escritor; una y otra vez el fotógrafo y yo hicimos el trayecto Pontevedra-Santiago y nos asomamos a Puebla del Caramiñal, el lugar que esconde en sus cumbres, sin vereda que lleve hasta ella, una gran cabeza de piedra de don Ramón. Padrón vino a ser el centro geográfico de estas rutas vallecianlescas. Allí, dominando el ancho paseo de la ribera del río, a la sombra de viejos y frondosos árboles, encontramos la estatua de Rosalía. La habían sufragado gallegos emigrados a las Américas, y, entre otros, figuraban en el podio los siguientes versos:

*Este vaíse y aquel vaíse,
e todos, todos se van;
Galicia sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tés, en cambio, orfos e orfas
e campos de soledad,
e nais que non teñen fillos
e fillos que non téñen pais.
E lés corazóns que sufren
longas ausencias mortás,
viudas de vivos e mortos
que ningún consolará.*

Durante kilómetros y kilómetros nos había sorprendido la escasez de hombres en la labranza. Antiguas carretas de bueyes llevadas por astrosas mujeres de edad indefinida. Viejas con azadones. Muchachas jovencísimas dobladas sobre el surco. Niños echando una mano. Y pocos, muy pocos, hombres jóvenes. «Este vaíse y aquel vaíse». Rosalía de Castro, la contemporánea de Gustavo Adolfo Bécquer, la tantas veces cantada como poeta de la saudade y la desesperación, tenía allí, sobre la piedra de su monumento padronés, un extraordinario poema social. Dejemos ahora a un lado la moderna grandeza y miseria de esta poesía; lo cierto es que bastaba leer esta «folla nova» en la hermosa y apagada Galicia para sentirnos remitidos a una realidad histórica, antes que al transporte sentimental de un escritor. La cosa estaba llana y familiarmente dicha; y los sentimientos de Rosalía de Castro nos parecían la consecuencia natural de un hecho colectivo. El poeta, en suma, era voz del pueblo, dolor común, y no imaginación excitada por las masas del romanticismo.

Ciertamente, dentro de la obra total de Rosalía de Castro, la que pudiéramos cali- **SIGUE**

o el dolor de la emigración





Rosalía, hija ilegítima de una señorita gallega, nació en Santiago de Compostela el año 1837.

ficar de explícita «poesía social» no es muy numerosa. Pero alcanza a varios poemas y declaraciones de la escritora. Y, lo que es más importante, nos permite situar bajo una perspectiva exacta el sentido de la «saudades», añoranza famosa a fuerza de ser ejercida por miles y miles de emigrantes.

He releído las «Follas novas». En la edición de Aguilar va también un prólogo de don Emilio Castelar, el viejo y un día famoso político, cuya oratoria y cuya ingenuidad dan pavorosa medida del liberalismo español de su época. Pues bien, Castelar, el tribuno de la legislación progresista, el presidente de la Primera República, se pierde en consideraciones literarias más o menos colosalistas para acabar cantando el amor de Rosalía a su Galicia, pasando por encima de la fuerte carga social de la obra. En el amplio estudio de Victoriano García Martí —titular de una hermosa plaza en Caramiñal, viejo contertulio de la farmacia de don Joaquín Tato, a la que también iba don Ramón, el de los esperpentos irrepresentados y la cabeza de piedra innominada y escondida entre malezas— también existen sus más y sus menos para explicar esta poesía. García Martí se refiere muy especialmente a los ataques de Rosalía a Castilla, tierra en que anualmente eran explotadas las cuadrillas de segadores gallegos:

*¡Castellanos de Castilla,
tratade-ben os gallegos:
cuando van, van como rosas;
cuando vén, vén como negros!*

García Martí piensa que se trata de un resentimiento cuya raíz sustancial debe buscarse en el florecimiento cultural de Galicia, tras varios siglos de opresión castellana y la abortada pero estimulante rebelión de 1846. Jacinto Octavio Picón, en un discurso académico, juzgando «Castellanos de Castilla», dijo:

—Harto se comprende que tales amarguras son desahogos líricos; su actitud no tiene base de odio; es una exacerbación de la piedad. Rindámosle justicia. No maldice por regionalismo irascible, sino por bondad de corazón. Nos permitimos, además,

añadir que esta poesía de Rosalía, tan traída y llevada, donde se enoja con los castellanos por los malos tratos a los gallegos, no está inspirada en un sentimiento de odio, sino en un sentimiento de justicia; lo mismo que hubiera hecho don Quijote.

La afirmación de Octavio Picón tiene un significativo valor dentro de nuestros debates históricos. Se esfuerza por rescatar la cuestión de los terrenos del «regionalismo irascible», situándola en el plano de la justicia. Yo creo que esto es importante, porque el problema de nuestras culturas regionales adquiere su auténtico valor cuando se vincula a una mejora de la convivencia española, y a una mayor justicia social, mientras se empequeñece y trivializa cuando se plantea a nivel de símbolos, mitos e ideales.

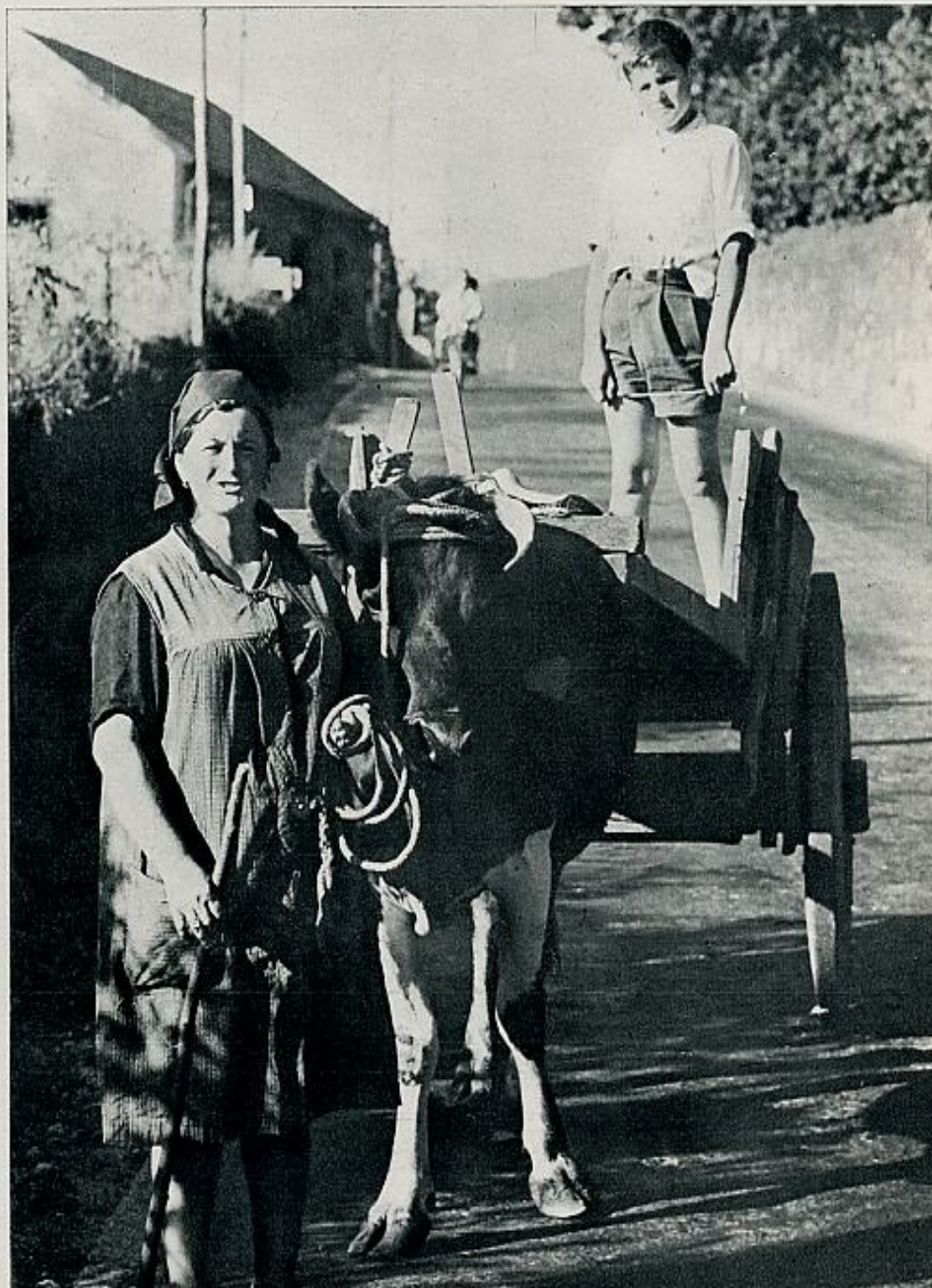
La poesía popular y social de Rosalía de Castro sería, en pleno XIX, una formulación clara del problema. Eran tiempos en que había en la estación del Norte, de Madrid, una ventanilla discriminatoria y ofensiva reservada a los gallegos. Tiempos en que Galicia emigraba a las Américas y, desde las tierras calientes de Cuba, soñaban con volver:

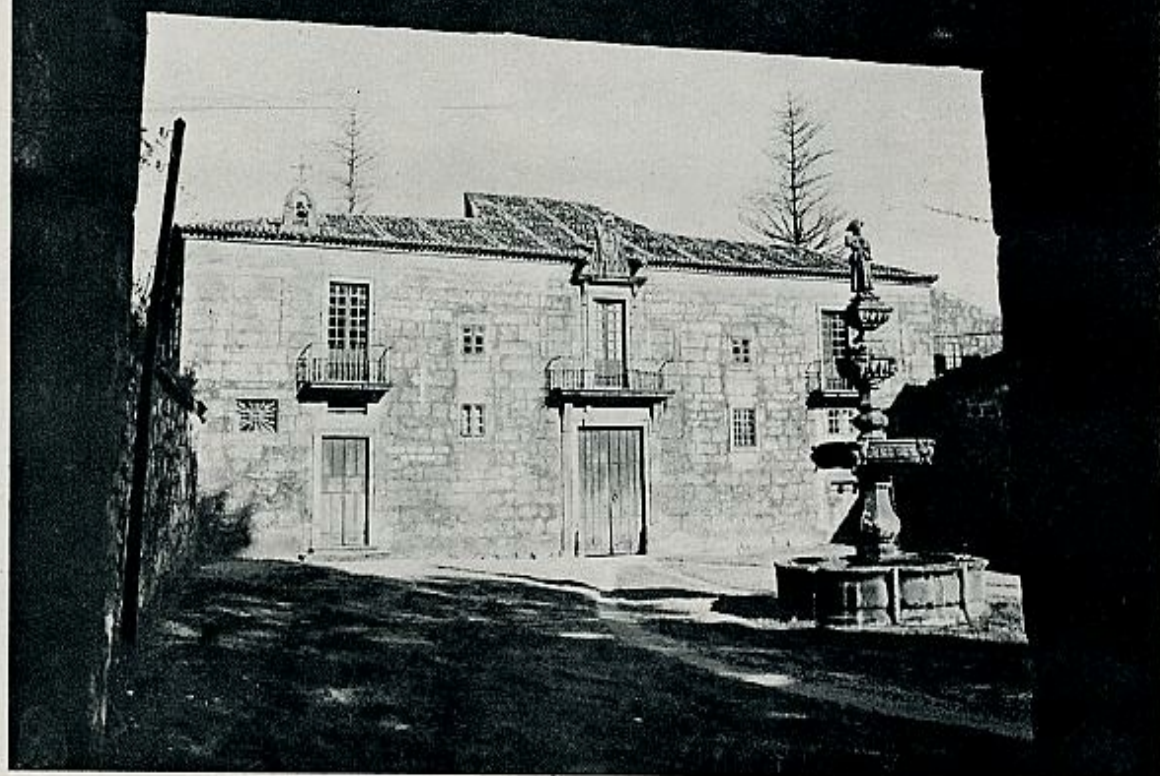
*Adios rios, adios fontes,
adios regatos pequenos
adios vista dos meus ollos
non sei cuando nos veremos.
¡Adios gloria! ¡Adios contento!
¡Deixo a casa onde nacín
deixo a aldea que conoço
por un mundo que non vin!
Deixo amigos por extraños,
deixo a veiga pó-lo mar,
deixo, en fin, canto ben quero...
¡Qué puidera non deixar!*

¡Cómo es posible que esto se haya explicado una y mil veces como una excepcional expresión de la «morriña» gallega! Yo recuerdo aún cuando me hablaban de estas cosas en el Instituto. Pensaba yo, dócil alumno, que se trataba de una especie de característica racial. Así venían a decírmelo los profesores: los gallegos, en cuanto salían de Galicia, se ponían tristes y hacían poesías. Rosalía de Castro era un ejemplo.

Ahora, andando por las riberas del Sar, viendo a tantas mujeres trabajando en el campo, descubriendo las nuevas y modestas casitas construidas

Por las tierras de Rosalía, durante kilómetros y kilómetros, escasean los hombros de la labranza. Antiguas carretas de buyes ruedan por los caminos gallegos de Padrón como hace cien años en tiempos de Rosalía.





Cerca de Lestrove
hay un viejo palacio
silencioso y
abandonado:
«No gran patto
as herbas
crecen — vigorosas
sin coidado, — y as
silveiras que
floreces — no seu
tempo fruto
ofrecen — os meniños
sazonados».

por los emigrantes que hicieron alguna fortuna, tropezando a cada paso con fotos familiares enviadas desde América, la «saudade» cobra su verdadero sentido: Galicia, distinta, marginada y dulce, tantas veces abandonada sin ganas, tierra a la que volver en la vejez si se consigue ahorrar algún dinero.

Me acuerdo del Centro Gallego de La Habana. Es inmenso. En su teatro, llamado hoy de García Lorca, actúan las compañías nacionales del nuevo régimen socialista.

Y es que los gallegos, muchas veces, no volvían. Se casaban y hacían su vida en tierra americana, aunque nunca podían olvidar la lejana Galicia de su desesperación y de su infancia:

*Galicia está probe,
y á Habana me vou...*

la casa de Rosalía

De la carretera general, llegando a Padrón, sale la vía secundaria que conduce a Iria. Es un camino muy transitado porque lleva a la estación de ferrocarril; siguiendo por él se alcanza el cementerio de Adina, donde reposaron los restos de la escritora desde julio de 1885, fecha de su fallecimiento, hasta mayo de 1891, en que fueron trasladados, con gran solemnidad y entre el fervor popular, hasta la iglesia conventual de Santo Domingo, en Santiago, en cuyo monumento funerario, levantado en la pared de la mano izquierda —entrando—, se lee: «D. O. M. Pra eterna memoria Galicia fixo facer por suscripción nacional este moimento onde descansa na paz do señor a que foi gloria da sua patria, Señora Doña Rosalía de Castro de Murguía. Finou en Iria no 15 de julio do ano 1885». Y, más pequeño, el dato económico, vinculado a tantos hechos de la vida gallega: «Dou comenzo a suscripción a Colonia Gallega en Cuba».

Rosalía, hija ilegítima de una señorita gallega, que luego sería excelente madre, nació, en Santiago de Compostela, el 24 de febrero de 1837. Su padre era, al parecer, un modesto seminarista que no pudo contraer matrimonio con la madre a causa de la desigualdad económica que existía entre ambos. Rosalía casó luego con Manuel Murguía, destacado historiador y crítico literario. La pareja pasó apuros económicos durante bastantes temporadas. Tuvieron varios hijos, de los que más de uno murió tempranamente. Se habían casado en Madrid, a donde acudió Rosalía de Castro para defender un pleito y quizá para iniciar estudios de arte dramático. El matrimonio se trasladó más tarde a Santiago. Y desde allí volvió a Padrón para ocupar justamente esta casa, llamada «La matanza», que tengo ahora delante de mí. Aquí murió Rosalía, víctima del cáncer. Aquí escribió «En las orillas del Sar». Aquí mandó quemar sus últimos escritos. Aquí está el pequeño jardín de sus versos.

*En mi pequeño huerto
brilla la sonrosada margarita.*

El huerto, cuidadísimo, tiene un perceptible aire decimonónico. Uno se acuerda en seguida de la cartuja valldemosina de Chopin. El verde negro de los árboles y el color vivo de las flores dan al marco una nota estridente y fúnebre. «En esta casa vivió y en ella murió, la poetisa popular, honra de Galicia, Rosalía de Castro...».

Hay una campesina gallega en la puerta, una mujer de piel soleada que cuida las plantas. Habla de Rosalía de Castro con una familiaridad particular, distinta a la que nace de una larga convivencia entre los guardianes de museos y los recuerdos que los habitan; esta guardesa-campesina, hablándonos en un gallego cerrado, se refiere a Rosalía como a cosa propia, como a la

más inteligente entre sus iguales. ¿No es eso, en el más exacto sentido, ser una «poetisa popular»? Esta vez, estoy seguro, no se trata de un caso de popularismo, de cultura pequeño burguesa idealizadamente popular. Me acuerdo de nuevo del poema transcrito en el monumento de Padrón, y concluyo que en él está el vínculo que liga a Rosalía con todas las gentes de su pueblo. ¡Y cómo no sentir doblemente bella esta vega del Sar ante la provisionalidad de su disfrute, ante la profunda sensación de que la pobreza puede llevar al gallego a la seca y desértica Castilla o a la lejanísima América! El paisaje es, por otra parte, tan particular, tan específico, geográfica y humanamente, que la emigración toma el aire de una operación quirúrgica. ¡Y esa operación es practicada tan a menudo!

Subimos al inmueble. Está vacío. Sólo algunas ofrendas de emigrantes. Y también de catalanes, solidarizados con Galicia en los problemas de su desarrollo cultural frente a los centralismos mal entendidos. La campesina nos da los datos fundamentales. Esto era la alcoba donde murió Rosalía. Aquí estaba el comedor. Aquí escribía.

Desde la hermosa balconada sombreada de verdes, se ve Padrón y su comarca. La poesía final de Rosalía está allí, en el paisaje, en ese vecino cementerio, en el cáncer que devoraba dolorosamente a la escritora.

*A través del follaje perenne
que oír deja rumores extraños,
y entre un mar de ondulante verdura,
amorosa mansión de los pájaros,
desde mis ventanas veo*

Leamos los versos de «Orillas del Sar». Ciertamente están allí los temas y las actitudes capitales de nuestro romanticismo. Desesperación esproncediana, dolor becqueriano ante la felicidad efímera, poesías a la Luna y la **SIGUE**



Recorriendo las tierras de las riberas del Sar, viendo a tantas mujeres trabajando en el campo, descubriendo las nuevas y modestas casitas construidas por los emigrantes que hicieron alguna fortuna, la «saudade» gallega cobra su verdadero sentido.



muerte. Padrón, tierra de recuerdos, era un estímulo romántico de primer orden. Patria de Macías el Enamorado y de Rodríguez de la Cámara, los dos líricos primitivos. Ruinas del palacio de Gelmírez. Paso de peregrinos y lugar fundamental en la leyenda del Apóstol Santiago. Viejas iglesias de sonoros y melancólicos campanarios. Vegas verdes regadas por dos ríos, el Sar y el Ulla. Pazos cerrados y silenciosos mordidos por el musgo.

Precisamente en Lestrove, junto a la carretera, encontramos un viejo palacio, con su iglesia, y el rectángulo del patio dominado por la fuente de piedra. El sonido del agua cayendo en el agua, llena aquel perceptible silencio.





ROSALÍA DE CASTRO

*No gran patio as herbas crecen
vigorosas sin coidado,
y as silveiras que frorecen
no seu tempo fruto ofrecen
os meniños sazonado.*

Si, es cierto, todo nuestro romanticismo pasa por la poesía dolorida de Rosalía de Castro. Las penosas circunstancias que concurrieron en su existencia no hicieron sino agudizar su sensibilidad y suministrarle con implacable abundancia la materia poética. La autenticidad de su romanticismo está en la autenticidad de su drama y su agonía individual.

Con todo, algo fundamental habrá dejado de decirnos si no contemplamos también a esta Rosalía como a una gallega de algún modo levantada contra su tiempo y su sociedad. Contra un concepto de la moral que impidió que sus padres se casaran y que ella conociera una vida familiar normal. Contra unas relaciones económicas que agobiaron más de una vez al matrimonio. Contra las causas del hambre y la mendicidad, tan conocidas en esta misma tierra de grandezas apostólicas. Contra la emigración forzada de los gallegos, repartidos y mal tratados por mil lugares. Rosalía sintió la afrenta que entonces encerraba el llamar a uno «gallego» en cualquier parte de España. Quizá por ello asumiera tan vigorosamente su condición de gallega. Si la emigración en abstracto es un hecho demográfico, cuando parte de sociedades que no han alcanzado un alto nivel de justicia social siempre irrita e indigna. Yo creo que Rosalía de Castro profundizó en esa irritación. Ello la haría la más grande e impercedera de nuestros poetas románticos. Porque llegó a los temas y tonos literarios de su tiempo a través de un profundo amor a las gentes humildes de su país; porque aprendió a sentir a Galicia a través de la tragedia colectiva de perderla; porque consiguió ser, en última instancia, íntima y épica, inserta a un tiempo en su drama personal y en la agonía de su pueblo.

De ahí que las colonias de emigrantes le hayan erigido monumentos. De ahí que esta campesina nos hable con tanta llaneza de su Rosalía...

Y la viejecilla que maneja la azada en las tierras vecinas al cerrado palacio de Lestrove, ¿qué piensa de todo esto? Probablemente nada. O quizá piense, mientras sigue clavando la azada en el suelo, que los tiempos no son tan duros como cien años atrás.

¿No es extraordinario que una poetisa del siglo XIX nos haya explicado perfectamente el drama de la emigración? Estuvo tan por delante de su tiempo que los críticos literarios de varias generaciones no la entendieron. O, llegado el caso, como sucedería con su gran paisano Valle, su literatura se seguiría examinando desde perspectivas críticas voluntariamente tradicionales y plácidamente eruditas. Rosalía de Castro, quizá por ser gallega, es nuestro primer y dolorido poeta de la emigración, entendida como un fenómeno social impregnado de penosos factores humanos, de desamparos, de explotaciones y de causas económicas parcialmente corregibles.

J. M.

(Fotos: ARCHIVO)



Arriba, ancianos tomando la «fresca». Abajo, la casa de Rosalía: una casa dormida por el verde, con el huerto amorosamente cuidado y reconstruido. El huerto tiene un perceptible aire decimonónico, que recuerda la cartuja valldemosina de Chopin.

